

DE ARCE
GASPAR NÚÑEZ DE AFE)

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.)

LA PESCA.

POEMA.

PQ6550

P4

C.1

UNIVERSIDAD DE SAN JOAQUÍN DE NUEVA
Biblioteca Severo y Tellez

PUEBLA

ILUSTRACION.

1885

90

G.A

T

U



PQ6550

P4

C.10V

WALDE

90

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.)

LA PESCA.

POEMA.



Capilla Alfonso

Biblioteca Universitaria

VERACRUZ—PUEBLA.

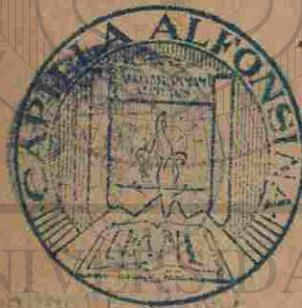
LIBRERÍAS "LA ILUSTRACIÓN."

1885.

46668



1080021953



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

010390

LA PESCA.

I.

¡Cuántas veces sentado en tu ribera,
¡oh mar! como si oyera
la abrumadora voz de lo infinito,
ha despertado en la conciencia mía
honda melancolía,
tu atronador, tu interminable grito!

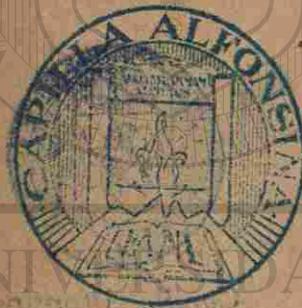
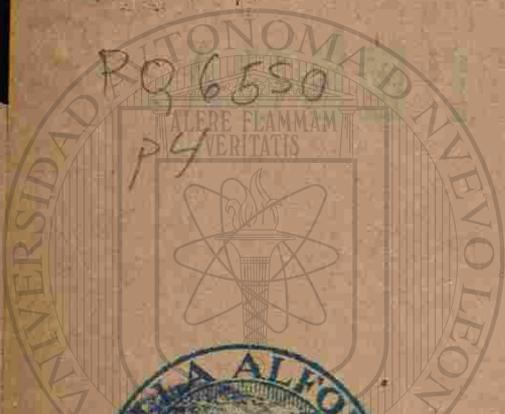
II.

Todo enmudece y cae en el misterio:
el poderoso imperio
que la tierra asoló con sus batallas;
hasta los dioses que de polo á polo
temidos son; tú sólo
sientes rodar los siglos, y no callas.





1080021953



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

010390

LA PESCA.

I.

¡Cuántas veces sentado en tu ribera,
¡oh mar! como si oyera
la abrumadora voz de lo infinito,
ha despertado en la conciencia mía
honda melancolía,
tu atronador, tu interminable grito!

II.

Todo enmudece y cae en el misterio:
el poderoso imperio
que la tierra asoló con sus batallas;
hasta los dioses que de polo á polo
temidos son; tú sólo
sientes rodar los siglos, y no callas.



III.

No callas, y hasta el alto firmamento
sobre tu ronco acento,
y cuando revolviéndote en ti mismo
ruges furioso, en tus entrañas late
el horror del combate
que empuña el huracán con el abismo.

IV.

Sólo alcanza poder tan soberano,
el pensamiento humano
como tú grande, como tú profundo,
que alzando sin cesar su voz de trueno,
forja en su ardiente seno
las glorias y catástrofes del mundo.

V.

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!...
¿Qué hiciste de las naves
con que sureó tu inmensidad la aciaga
y trágica ambición? ¿Adónde han ido?
Con el mortal olvido
tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

VI.

Todo parece en tí sin dejar huella:
el barco que se estrella
contra el peñón, la armada que devoras,
los continentes que iracundo invades,
las sordas tempestades
que avanzan en tus olas bramadoras.

VII.

La tierra, en cuyo seno te reclinás,
mantiene en pie las ruinas
que las ciegas catástrofes dejaron.
Tú, con desdén soberbio, las rechazas:
por tí pueblos y razas
como sombras efímeras pasaron.

VIII.

El furor de los tiempos, que venciste,
sólo tu voz resiste:
tu acento fué, como clamor de guerra,
el que la humanidad oyó primero,
¡ay! y será el postrero
que en su agonía escuchará la tierra.

IX.

Pero más, mucho más que cuando inmolas
y abismas en tus olas
la insolencia del fuerte á quien humillas,
mi espíritu conturbas y enajenas
con las tristes escenas
que esparcen el terror en tus orillas.

X.

No lejos de un peñón agrio y salvaje
que con recio oleaje
el cantábrico mar bate y socava,
al través de los árboles blanquea
casi ignorada aldea,
sobre la costa inabordable y brava.

XI.

Mirando al mar, de frente al Oceano,
que sacudiendo en vano
la roca estéril sin cesar se agita,
el horizonte corta y se alza enhiesta
sobre la calva cresta
del picacho granítico, una ermita.

XII.

¡Con qué placer la gente pescadora,
que al despuntar la aurora
por entre escollos á la mar se lanza,
del sol poniente al último vislumbre,
ve lucir en la cumbre
aquel faro de amor y de esperanza!

XIII.

Cuando, salvo de innúmeros azares,
torna á los patrios lares
el marinero audaz ¡con qué alegría,
con qué ferviente fe, descalzo y roto,
corre á colgar su voto
en aquel pobre templo de María!

XIV.

¡María! que del piélago y del alma
las tempestades calma;
que recoge en sus brazos y consuela
al náufrago del mar y de la vida.
Bálsamo á toda herida,
puerto á toda aficción. ¡*Maris stella!*

XV.

Desde el peñón desnudo y solitario
 que el blanco santuario
 con su apacible majestad abruma,
 contempla por do quiera la mirada
 la costa acantilada
 donde se estrecha con fragor la espuma.

XVI.

Y al dilatarse por el mar, divisa
 en la línea indecisa
 do se juntan las nubes y las olas,
 raudo vapor, que con la crin al viento,
 acelera el momento
 de arribar á las costas españolas.

XVII.

Luégo, á medida que la luz desmaya,
 con rumbo hácia la playa
 cuyos contornos borra la neblina,
 se ven llegar las pescadoras naves,
 como tímidas aves
 que al nido vuelven cuando el sol declina.

XVIII.

El faro, al descender la noche oscura,
 en la empinada altura
 de negro promontorio centellea,
 y su destello intermitente oscila,
 cual la roja pupila
 de un Titán, que en las sombras parpadea.

XIX.

Están, desde la cúspide del monte,
 el mar y el horizonte
 á la absorta mirada siempre abiertos,
 y al otro lado, en la vertiente opuesta
 de la escarpada cuesta
 reclinado el lugar entre sus huertos.

XX.

Silvestres hayas y robustos pinos
 de los cerros vecinos
 orlan y ciñen la brumosa frente,
 por cuyas quiebras rueda y se desata,
 como líquida plata,
 el sonoro raudal de alguna fuente.

XXI.

Y allí, donde de pronto se despliega
 la pintoresca vega,
 siguiendo los contornos desiguales
 de la verde montaña, resguardado
 por el peñón tajado
 de recios y furiosos vendavales;

XXII.

bajo el amparo de la Iglesia santa,
 sobre la cual levanta
 sencilla cruz sus brazos redentores,
 sin que la sed de la ambición le afija,
 humilde se cobija
 aquel pueblo de honrados pescadores.

XXIII.

Por entre los repliegues de una loma,
 rústico albergue asoma
 al margen de un arroyo cristalino,
 cuyo limpio caudal, abriendo calle
 por el fondo del valle,
 mueve después las piedras de un molino.

XXIV.

Fresca arboleda en sus orillas crece,
 y cuando el viento mece
 con leve impulso sus tupidas frondas,
 parece, reflejándose en el río,
 que el ramaje sombrío
 en el espacio tiembla y en las ondas.

XXV.

Junto al arroyo que lamiendo pasa
 las tapias de la casa,
 un joven pescador de piel curtida
 por el viento del mar, áspero y rudo,
 iba nudo por nudo
 recorriendo su red, al sol tendida,

XXVI.

para coger los puntos de la malla,
 que en su postrer batalla
 rompió, saltando el pez, vencido y preso
 en la jornada del pasado día,
 cuando la red crujía
 de la copiosa pesca bajo el peso.

XXVII.

Agraciada mujer, viva y morena,
 en la ingrata faena
 le acompañaba, y con secreto gozo,
 á menudo, ligera como el rayo,
 mirándole al soslayo
 orgullosa pensaba:—¡Es un buen mozo!—

XXVIII.

Y él, al fijarse, de impaciencia lleno,
 en el redondo seno
 que el ceñido jubón reprime y tapa,
 suspendiendo de pronto su trabajo,
 decía por lo bajo
 con aire vencedor:—¡Es que eres guapa!—

XXIX.

Entonces dibujándose indecisa
 en sus labios la risa,
 contemplábase, muda de embeleso,
 la dichosa pareja enamorada,
 y era aquella mirada
 una promesa, una caricia, un beso.

XXX.

Los dos nacieron para amarse. Es Rosa,
 como su nombre hermosa:
 arde en sus ojos de placer la llama.
 Su fresca boca, que al halago brinda,
 es dulce cual la guinda
 que el pájaro voraz pica en la rama.

XXXI.

No tiene la blancura de la nieve,
 que se deshacé en breve:
 negros sus ojos son, negro el cabello.
 Competir en su rostro parecía
 la noche con el día;
 pero ¿acaso el crepúsculo no es bello?

XXXII.

Cayó en las redes de su amor cautivo
 Miguel, el más activo
 y arriesgado patrón de aquella playa,
 que ágil en el timón, fuerte en el remo,
 en el peligro extremo
 ni tiembla, ni se aturde, ni desmaya.

XXXIII.

Adiestrado en el ímprobo ejercicio
de su penoso oficio,
por la abierta camisa muestra el pecho
de fuerte y musculosa contestura,
no á la molicie impura,
sino á las fieras tempestades hecho.

XXXIV.

Bajo su tosca y natural corteza
oculta la nobleza
de un corazón resuelto, pero sano.
Tan sólo Rosa conquistó la palma
de someter un alma,
que no logró domar el Oceano.

XXXV.

Santificó su paz y su ventura
la bendición del cura.
Tres meses hace que al sagrado lazo
la ya vencida voluntad rindieron,
tres meses, que se dieron
el primer beso y el primer abrazo.

XXXVI.

Nunca vió la cantábrica montaña,
honor y prez de España,
dos almas en sus gustos más unidas,
ni con tan casto ardor el himeneo
en un mismo deseo
fundió dos corazones y dos vidas.

XXXVII.

En su hogar deslizábase veloces
las horas y los goces.
Ignoraba los usos cortesanos
su amor tan inocente como vivo:
pero el beso furtivo,
la franca risa, el apretón de manos,

XXXVIII.

el íntimo y verboso cuchicheo,
semejante al gorjeo
de alegres aves, el falaz desvió
de que mimada joven alardea,
sólo el tiempo que emplea
en decir su amador:—;Dulce bien mio!—

XXXIX.

la voz, el gesto, la expresión, el modo
de contemplarse, todo
trastornaba sus almas, pues ¿qué idioma,
por inculto que sea y por grosero,
para el amor sincero
no es tierno como arrullo de paloma?

XLI.

Juntos en deleitable compañía
trabajan á porfía,
repasando la red, y tan molesta,
como pesada operación sazona
la burla retozona,
la aguda chanza, ó la atrevida fiesta.

XLI.

Reconcentrados en su amor profundo,
¿qué les importa el mundo?
Los sueños de ambición dan al olvido.
A su cariño sin temor se entregan
y juegan, como juegan
los pájaros incautos en su nido.

XLII.

No lejos, en el término de un prado
donde manso ganado
con la hierba otoñal su gula aplaca,
la madre de Miguel, limpia y risueña,
tranquilamente ordeña
las llenas ubres de fecunda vaca.

XLIII.

Con frecuencia, á hurtadillas, clava en ellos,
tan jóvenes, tan bellos
y tan rendidos á su mutuo encanto,
los dulces ojos, que la edad apaga,
y por sus labios vaga
leve sonrisa, tierna como el llanto.

XLIV.

¡Con qué inefable paz la pobre vieja,
á quien tan sólo deja
vanas memorias la cansada vida,
con qué intenso y profundo regocijo
siente y ve en aquel hijo
reverdecer su juventud perdida!

XLV.

Él la hace recordar tiempos mejores,
 con sus castos amores,
 sus ansias, sus placeres y congojas.
 Es como tronco roto, que aún resiste,
 y el mes de mayo viste
 de nuevas ramas y de nuevas hojas.

XLVI.

Fijóse en ella embebecido el mozo,
 y desbordando el gozo
 que en sus plácidos ojos centellea,
 dijo, llamando la atención de Rosa:
 —Mírala qué hacendosa
 y entretenida está. ¡Bendita sea!—

XLVII.

—¿Qué puede apetecer? ¡Nos ve felices!—
 Rosa exclamó:—Bien dices.—
 Respondióla Miguel:—¡Quieran los cielos
 para colmar la dicha de esa anciana,
 concederle mañana
 inocentes y hermosos netezuelos!—

XLVIII.

La joven, con el seno palpitante,
 mostrando en su semblante
 el vívido color de la amapola,
 al cuello se colgó de su marido,
 y murmuró á su oído
 una tímida frase ¡una tan sola!

XLIX.

Mas de poder tan penetrante y hondo,
 que removi6 hasta el fondo
 el alma de Miguel, como la ardiente
 lumbre del sol que las campiñas dora,
 hace, germinadora,
 estallar en el surco la simiente.

L.

—¡Madre! ¡madre!—gritó falto de aliento;
 y pronta al llamamiento
 con creciente ansiedad la anciana vino.
 —¿Qué es esto?—preguntó sobresaltada.
 —¿Qué es esto? ¡Pues es nada!—
 contéstole Miguel fuera de tino.

LI.

—¡Qué avanza mi ventura á toda vela!
 ¡Qué vas á ser abuela!
 ¡Qué mis sueños de amor alcanzo y toco!—
 Y hablaba cada vez menos tranquilo,
 levantándola en vilo,
 locuaz y descompuesto como un loco.

LII.

Por fin la anciana desasirse pudo
 del apretado nudo,
 y no vuelta del pasmo todavía,
 haciendo á Rosa malicioso guiño,
 con maternal cariño,
 —¡Ah bobo!— prorrumpió—¡si lo sabía!

LIII.

Y no cabiendo el júbilo en su pecho,
 en íntimo, en estrecho,
 en entrañable abrazo confundidos,
 mezclaron sus sencillos corazones,
 anhelos, ilusiones,
 lágrimas, esperanzas y latidos.

LIV.

Como de la fortuna en el mareo,
 se anticipa el deseo
 con sus alas de rosa al bien distante,
 Miguel dijo soñando:—Si no muda
 el tiempo, y Dios me ayuda,
 la pesca del atún será abundante.

LV.

Se la consagro al niño, y con su importe,
 á Castro... ¡no! á la corte
 iré en seguida, y si en las tiendas hallo
 cosa de gusto, volcaré el bolsillo,
 y le traeré un hatillo
 de príncipe... ¡y un sable!... ¡un caballo!

LVI.

Y añadió enternecido, sonriendo:
 —¡Si casi le estoy viendo
 con su carita colorada y fresca,
 y sus gracias alegres y sencillas,
 sentarse en mis rodillas
 para escuchar los lances de la pesca!

LVII.

¡Verás cómo retoza por la playa
cuando á buscarme vaya!
Y cuando se acostumbre al lado mío,
al olor del carbón y de la brea,
¡verás cómo gatea
por los palos y arcias de un navío!

LVIII.

Será—siguió diciendo satisfecho,—
un mozo de provecho,
más resistente y firme que una entena.
Iremos juntos, y se hará á mis mañas.—
—¡Hijo de mis entrañas!—
Rosa le interrumpió con susto y pena.

LIX.

¡Él, expuesto al peligro de los mares!...
¿No bastan los pesares
que me afligen por tí? ¡Vaya un empeño!
No lograrás vencerme, te lo digo,
harto sufro contigo
sin que nueva inquietud me robe el sueño.—

LX.

—¡Bravo!—exclamó Miguel:—¡Famosa idea!
Pues ¿qué quieres que sea?—
Y mirándole Rosa con ternura,
—¡Cura!—le respondió.—¡Cómo!—repuso
el pescador confuso,
—¡y un mozo tan cabal ha de ser cura!

LXI.

—¡Sí, sí! Para que ruegue noche y día
á la Virgen María,—
respondió con tiernísimo arrebato,
—por cuantos mueren en la mar traidora,
por la infeliz que llora
su mísera viudez... y por tí ¡ingrato!

LXII.

—Pues no me harás cejar.—Ni á mi tampoco.
—Vayamos poco á poco—
dijo, cortando la incipiente riña
la madre de Miguel.—Pues yo no paso
por que apuréis el caso
sin contar con el huésped. ¿Y si es niña?—

LXIII.

Quedóse el pescador mudo y perplejo:
 arrugó el entrecejo
 contrariado tal vez; pero de pronto,
 á compás de ruidosa carejada
 prorrumpió:—Nada, nada,
 madre tiene razón! ¡Es que soy tonto!...

LXIV.

—Si es niña, ya sabéis, no la recibo,
 aun cuando sea el vivo
 retrato de mi adusta morenita.—
 Y con franca efusión abrazó á Rosa,
 que entre esquiva y gozosa
 dijo, evitando sus cariños:—¡Quita!—

LXV.

¿Quién ve tanta ventura indiferente?
 ¡Santa y perenne fuente
 del amor paternal, que en nuestro anhelo
 en misteriosas ondas repartida,
 para endulzar la vida
 y templar nuestra sed, bajas del cielo!

LXVI.

¡Sentimiento purísimo del alma,
 que turbas nuestra calma,
 y con ritmo jamás interrumpido
 despiertas los estímulos que duermen,
 haces vibrar el germen,
 subir la savia y palpar el nido!

LXVII.

A tu voz la inmortal naturaleza
 suspende la fiera
 del oso huraño y del león hirsuto,
 y tu fuego vivaz que do quier arde,
 ímpetu da al cobarde,
 vigor al débil y razón al bruto.

LXVIII.

Todo, sujeto á inexorable norma,
 se muda, se transforma,
 y en este inmenso impenetrable abismo
 que la infinita variedad encierra,
 tan sólo tú, en la tierra,
 en el cielo y el mar, eres el mismo.

LXIX.

Pero ¡oh suerte importuna! En el momento
de su mayor contento,
asomando al través de los maizales
que encubren la vereda del molino,
un marinero vino
á turbar sus ensueños paternos.

LXX.

Era Roberto, amigo y camarada
de Miguel. Alma honrada
que á su pesar apasionado culto
consagra á Rosa; amor inofensivo,
pero punzante y vivo,
en lo más hondo de su pecho oculto,

LXXI.

—¿Ya vienes á buscarme? Es muy temprano.—
Con tono afable y llano
dijo al verle Miguel.—Bien se conoce
que tienes—contestó—la paz en casa,
y que el reló se atrasa
para quien vive á gusto. ¡Son las doce!

LXXII.

¿A qué esperamos, pues? El tiempo es bueno,
el cielo está sereno
y el mar tranquilo y manso. Con que puedes
calcular el aguante de tu malla,
pues hoy, ó todo falla,
van con la pesca á reventar las redes.

LXXIII.

¡No es lícito á los pobres el regalo!...
El año ha sido malo...—
—Cierto—Miguel repuso,—y necesito
no perder la ocasión, porque mi esposa...—
Iba á hablar; pero Rosa
dijo, abrazando al imprudente:—¡Chito!—

LXXIV.

—Si mi franqueza tu disgusto labra,
no diré una palabra,—
contestóle Miguel. Mientras Roberto
rendido al golpe de su ardiente pena,
contemplaba la escena,
lívido y silencioso como un muerto.

LXXV.

Quien en lo oscuro de su pecho esconda
 la herida viva y honda
 que sangra sin cesar, de un desdichado
 amor, y tenga para más tortura,
 el sueño de ventura
 que nunca logrará, siempre á su lado,

LXXVI.

quien de los celos pertinaces sienta
 la mordedura hambrienta,
 y finja indiferente y satisfecho
 ver su imposible bien en otros brazos,
 mientras quiere á pedazos
 el corazón saltársele del pecho;

LXXVII.

quien amando en silencio hasta el delirio,
 no tenga en su martirio
 ni aun el triste consuelo de la queja,
 podrá tan sólo comprender el fiero
 pesar del marinero,
 ante el placer de la gentil pareja.

LXXVIII.

Miguel de pronto profirió:—¡Al avío!—
 con desenvuelto brío
 la fuerte red plegando. Diligente,
 y según su costumbre cariñosa,
 iba á ayudarle Rosa
 cuando él le dijo amedrentado:—¡Tente!

LXXIX.

¡Por Dios! ¿Qué vas á hacer? Pues bueno fuera
 que un esfuerzo cualquiera...
 ¡No me des qué sentir! Y á más, te aviso,
 que hoy la felicidad me presta a liento.
 ¡Hasta capaz me siento
 de cargar con la barca, si es preciso!—

LXXX.

Entre risas, y plácemes y fiestas
 Miguel echóse á cuestras
 la recogida red, diciendo:—¡Vaya!
 Nada hacemos aquí.—Y él y Roberto
 en íntimo concierto
 tomaron el sendero de la playa.

LXXXI.

Marchaba el ágil mozo con presteza,
 volviendo la cabeza
 á cada instante hácia su hogar cercano,
 desde donde en señal de despedida,
 la joven conmovida
 le mandaba sus besos con la mano.

LXXXII.

Y hasta que casi al fin de la jornada,
 su prenda idolatrada
 se internó en las revueltas del camino,
 no apartó, con dulcísima porfía,
 del rumbo que él seguía,
 ni el corazón ni el rostro peregrino,

LXXXIII.

viendo, no sin nublársela el semblante,
 cada vez más distante
 al dueño de su vida y de su casa;
 que la ausencia en amor, aun la más breve,
 cual nubecilla leve
 oscurece los cielos mientras pasa.

LXXXIV.

—¡Ah! ¿cómo no quererle si es tan bueno!...—
 dijo oprimiendo el seno
 maternal, con tan blando y dulce nudo,
 que, de la dicha de su hogar ufana,
 la enternecida anciana
 contener una lágrima no pudo.

LXXXV.

En tanto, los alegres marineros
 perdiéronse ligeros
 tras un peñón que hácia la senda avanza,
 y al fin de cuya estrecha cortadura
 la indómita llanura
 del vasto mar á descubrir se alcanza.

LXXXVI.

Desde allí se divisan de repente
 su grandeza imponente,
 su augusta calma ó su furor sublime,
 y con su regia majestad á solas,
 óyese de sus olas
 la voz tonante que amenaza ó gime.

LXXXVII.

En coloquio jovial entretenidos
 van, de la mano asidos,
 hácia donde á merced de la marea
 que su ancha curva en las arenas raya,
 cual reina de la playa
 la barca de Miguel se balancea.

LXXXVIII.

¡Qué es verla, al separarse de la orilla,
 con atrevida quilla
 surcar graciosa el líquido elemento,
 y mar afuera, inquieta y juguetona,
 tender la blanca lona
 á las caricias péfidas del viento!

LXXXIX.

¡Qué es ver cómo al peligro se aventura,
 cuando la sombra oscura
 se precipita sobre el mar de Atlante!
 Y cuando viento duro el golfo riza,
 ¡qué es ver cuál se desliza
 por la espalda ondulosa del gigante!

XC.

Nunca el riesgo imprevisto la acorbada,
 y hiende tan gallarda
 la inmensidad del pielago bravío,
 que no deja tras sí, rápida y suave,
 ni aun la huella que un ave,
 rozando con el ala, abre en el río.

XCI.

El noble pecho de Miguel se ensancha
 ante la airosa lancha
 que su fortuna y su ambición encierra,
 y le presta solícito el cuidado
 con que el bravo soldado
 mira y atiende á su corcel de guerra,

XCII.

Un mancebo, que estaba de atalaya,
 gritó á los de la playa:
 —¡El patrón!—Y animosa la cuadrilla
 á la dura jornada se dispuso.
 Sólo absorto y confuso
 un pescador permaneció en la orilla.

XCIII.

Sentado en un montón de húmeda arena,
 extraño á la faena
 ocultaba su rostro entre las manos,
 mostrando sólo en su actitud doliente
 la ancha y curtida frente
 orlada á trechos de cabellos canos.

XCIV.

Cual no maduro fruto, que la helada
 malogra, su hija amada
 cayó marchita al soplo de la muerte,
 y se le sale, sin sentir, del pecho
 el corazón deshecho,
 en las acerbas lágrimas que vierte.

XCV.

Quien ha sufrido la mortal congoja
 que, sin piedad, deshoja
 como agostada flor nuestra ventura
 en ese instante de terrible prueba,
 en que voraz se lleva
 parte de nuestro sér, la sepultura;

XCVI.

cuando con lenta gradación se apaga
 la luz dudosa y vaga
 que colora la faz del moribundo,
 ¡ay! y á medida que en sus ojos crece
 la sombra, nos parece
 que va cayendo en lobreguez el mundo;

XCVII.

cuando vencidos en estéril lucha,
 nuestra impotencia escucha
 el tremendo estertor de la agonía,
 y con angustia alborotada y loca
 posamos nuestra boca
 sobre otra boca descompuesta y fría,

XCVIII.

casi cerrada en su letal reposo
 al ritmo fatigoso
 que el pecho cadavérico le presta,
 y que ya de la muerte bajo el peso,
 ni al anhelante beso,
 ni al tierno abrazo, ni á la voz contesta;

XCIX.

cuando aún tibios los míseros despojos,
 vemos con turbios ojos
 toda nuestra ilusión desvanecida,
 y en medio del pesar que nos destroza,
 sentimos cual se goza
 traidor recuerdo en encontrar la herida;

C.

cuando envuelto en su fúnebre mortaja,
 negra y medrosa caja
 al bien amado para siempre encierra,
 y siente el corazón despavorido
 el ruido, el sordo ruido
 que hace al cubrir el féretro la tierra:

CI.

¡ay! quien tenga grabada en su memoria
 esa trágica historia,
 sin cesar repetida y siempre nueva,
 verá, evocando su dolor pasado,
 el dardo envenenado
 que el triste padre en sus entrañas lleva.

CII.

Al verle presa de aflicción tan viva,
 con frase compasiva
 le interrogó Miguel franco y abierto.
 Alzó el viejo la faz desencajada,
 y con voz desmayada,
 —¿No sabes?— sollozó— ¡mi Juana ha muerto!—

CIII.

El sentimiento concentrado es mudo,
 mientras un choque rudo
 no sacude el marasmo que le embota,
 porque entonces el ansia comprimida,
 como por ancha herida
 la hirviente sangre, atropellada brota.

CIV.

Y cuando el corazón rompe su valla,
 en el dolor que estalla
 se mezclan y amalgaman con espanto,
 como fundidos por el mismo fuego,
 la imprecación y el ruego,
 y el gemido, y la cólera, y el llanto.

CV.

Tal la voz de Miguel, blanda y serena,
exasperó la pena
que al tosco anciano le apretaba el cuello,
y exaltándose al cabo poco á poco,
con la rabia de un loco
maldiciendo y mesándose el cabello,

CVI.

—¡ay!—de pronto exclamó con ceño adusto:—
¡Mentira! Dios no es justo
cuando se goza en aumentar mi cuita.
Tienen en buena paz muchos bribones
tierras, barcos, millones...
¡yo, una pobre muchacha... y me la quita!

CVII.

¿Qué mal hacía la infeliz doncella?
¿Cómo vivir sin ella?...—
Y se apagó la voz en su garganta.
—Mas sin justicia ni razón me quejo,—
gimió el honrado viejo:
—¡No nació para el mundo! ¡Era una santa!—

CVIII.

Miguel, tendiendo al afligido anciano
la encallecida mano,
—vuelve á casa—le dijo—y llora y reza
junto á la amada prenda que perdiste.
—¡No!—contestóle el triste,
moviendo gravemente la cabeza.

CIX.

—Aunque me falta el sol de la alegría,
conservo todavía,
gracias á Dios, mi voluntad de hierro.
¿Por qué te he de mentir, si eres mi amigo?
Saldré á la mar contigo.
¡Necesito el jornal para su entierro!

CX.

Quiero comprarle, si tenemos suerte,
las galas de la muerte:
una cruz, un sudario y una palma.—
Guardó breve silencio el desdichado,
y luégo desolado
clamó con bronco acento:—¡Hija del alma!—

CXI.

Su misma voz, que reprimir no pudo,
 como puñal agudo
 clavóse en el pecho, y tan activa
 creció en su corazón la angustia fiera,
 cual la insaciable hoguera,
 que cuanto más devora, más se aviva.

CXII.

Enternecido ante infortunio tanto,
 y conteniendo el llanto
 Miguel le respondió:—Tu pobre Juana
 tendrá lo que tu anhelo solicita:
 la humilde cruz bendita,
 la palma virgen y el sayal de lana.

CXIII.

Pero vuelve á tu hogar, porque no quiero
 que un bravo compañero
 á su propio tormento contribuya.
 No serás, si te niegas, buen amigo,
 y atiende á lo que digo:
 hoy pesco para tí. Mi parte es tuya!—

CXIV.

Cayó, cual dulce bálsamo, la oferta
 sobre la herida abierta
 del triste anciano, y mitigó su duelo
 llanto reparador, tranquilo y suave.
 Siempre para quien sabe
 sentir, la gratitud es un consuelo.

CXV.

—¡Que Dios te colme de mercedes, hijo!—
 con blando acento dijo,
 las lágrimas secando en su mejilla,
 Miguel, para ocultar su sentimiento,
 ligero como el viento
 á la barca saltó desde la orilla.

CXVI.

Toda su gente al tráfago dispuesta,
 con ansia manifiesta
 esperaba no más la voz de mando.
 Dióla el patrón; y con vigor supremo,
 el resistente remo
 en las arenas de la playa hincando,

CXVII.

puso á flote la lancha embarrancada,
 que lenta y sosegada
 siguió después por la canal angosta,
 única vía, franca y descubierta,
 entre la barra incierta
 y las tajadas peñas de la costa.

CXVIII.

La roca, á modo de ciclópeo muro,
 inabordable, oscuro,
 desde la playa misma se adelanta,
 hasta la punta del siniestro Cabo
 do el mar potente y bravo
 con sorda intermitencia se quebranta.

CXIX.

Varias cruces sencillas de madera,
 en pavorosa hilera
 resaltan del peñón de trecho en trecho,
 señalando en el áspero arrecife,
 el sitio en que un esquife
 quedó, á los golpes de la mar, deshecho.

CXX.

Recuerda cada cruz alguna escena
 de horror y espanto llena
 Más de un pobre marino halló su fosa,
 entre el medroso y formidable estruendo
 de la borrasca, oyendo
 los desolados ayes de su esposa.

CXXI.

Donde la punta del peñón termina,
 por mísera y mezquina
 pudiérase decir que el mar desdeña,
 aunque á veces su presa le disputa,
 una abrigada gruta
 labrada por las olas en la peña.

CXXII.

Gratas para las lanchas pescadoras
 las apacibles horas
 trascurren sin sentir. Con los reflejos
 de la luz que en las aguas reverbera,
 el mar, como si fuera
 de inflamado metal, brilla á lo lejos.

CXXIII.

Miguel desde la popa de su barca,
 con la mirada abarca
 el golfo en que indolente se aventura.
 Está á sus piés sumiso y reposado
 como león cansado,
 y la atmósfera azul, diáfana y pura.

CXXIV.

Lánguida brisa, replegando el ala,
 mansamente resbala
 sin conmover el piélago sereno,
 como el aliento sosegado y leve,
 que apenas alza y mueve
 de una virgen dormida el casto seno.

CXXV.

El barco, al apartarse de la playa,
 como argentada raya
 deja en las ondas su espumosa estela,
 y al avanzar con suave balanceo,
 va como si el deseo
 le sirviese de estímulo y de vela.

CXXVI.

Del tiempo, más que del trabajo, avara,
 la gente se prepara,
 el remo suelta, y su esperanza funda
 en la corriente azul del Oceano,
 como el dolor humano,
 amarga, sí, pero también fecunda.

CXXVII.

Tres veces por el ámbito marino
 con provechoso tino
 tiende la fuerte red, y las tres veces
 al recogerla, abillantó su trama,
 la refulgente escama
 que en vívido montón lucen los peces.

CXXVIII.

—¿Te lo anuncié, Miguel! Ya ves si acierto.—
 Dice alegre Roberto,
 mientras que sujetando por la agalla
 con diligente mano desenreda,
 al pez, que preso queda
 en los hilos nudosos de la malla.

CXXIX.

Y con aire triunfal alzando á pulso
 un sollo, que convulso
 entre sus férreos dedos se torcía,
 regocijado exclama:—¡Brava presa!
 No se pone en la mesa
 del rey, cosa mejor. ¡Este es gran día!—

CXXX.

El sol empieza á declinar. La gente
 á medida que siente
 su ganancia crecer, redobla el celo,
 y sin cejar un punto en su tarea,
 quién en la red se emplea,
 quién, sentado en la borda, echa un anzuelo,

CXXXI.

quién al enorme pez, que agonizante
 colea, en un instante
 con implacable actividad remata;
 y de la pesca el acre olor parece
 que alienta y fortalece
 al marinero en su existencia ingrata.

CXXXII.

A poco, tenue y vaporoso velo
 fué enturbiando del cielo
 la limpia claridad. Oscura nube
 desde el confín remoto se avvicina,
 sorbiendo la neblina
 que de las ondas impalpable sube.

CXXXIII.

A medida que llega va aumentando:
 el mar plácido y blando
 por momentos se encrespa y alborota.
 Estremécese el viento, antes dormido,
 y hácia el agreste nido
 tiende el medroso vuelo la gaviota.

CXXXIV.

De improviso una racha fugitiva
 del oleaje aviva
 el ímpetu naciente. Las espesas
 nubes marchan en giro apresurado,
 y al fin rompe el nublado
 en gotas tan escasas como gruesas.

CXXXV.

—¡Hum!—exclama frunciendo el entrecejo
un pescador ya viejo:

—¡El tiempo muda, la borrasca avanza!—
Y otro añade después:—Se agrió la fiesta!—

—¡Ah, cobardes!—contesta
Miguel en tono de amistosa chanza:

CXXXVI.

—¿Os asusta una nube de verano?—

—¡Sí!—responde el anciano.

—¡La galerna está encima!—No discuto—
le interrumpe el patrón.—Mas Juana ha muerto,
y yo no vuelvo al puerto
si no llevo á su padre para el luto.—

CXXXVII.

Y la pesca siguió con mayor brío,
sin que del mar bravío
la sorda turbación los contuviera.
Pues ¿quién fuerza al lebrél cuando en la pista
la ansiada res avista,
á pararse en mitad de su carrera?

CXXXVIII.

Mas de golpe la lluvia se desata
cual rauda catarata;
el huracán sus ráfagas sacude
como un corcel la crin; al llamamiento
del alterado viento,
la ola, bramando de furor, acude.

CXXXIX.

Y se empeña otra vez con recio embate,
el eterno combate
que presencian los siglos confundidos,
en que después de trágicos horrores,
los fieros gladiadores
ceden cansados, pero no vencidos.

CXL.

Quédase muda de estupor la gente.
Negra, inmensa, rugiente
rueda la tempestad: con ciego empuje
cual fogoso bridón que se desboca,
la ola adelanta, choca,
contra la barca, retrocede y ruge.

CXLI.

—¡Hola!—grita Miguel.—¡Cortad la cuerda,
aunque la red se pierda!
Aún habrá tiempo de llegar al faro.
¡Animo, chicos! y forzad los remos,
que pronto arribaremos,
¡La santa Virgen nos dará su amparo!

CXLII.

El endeble timón Miguel aferra,
y á la cercana tierra
dirige el rumbo como buen marino,
mientras la gente, ante el peligro absorta,
con ágil remo corta
la indócil ola, abriéndose camino.

CXLIII.

Como acosado por la voz del trueno,
el mar su turbio seno
con resonante convulsión agita;
cual irritada fiera el lomo enarca
y hácia la frágil barca
sus gigantescas olas precipita.

CXLIV.

A merced de la mar arrolladora,
la lancha pescadora
los golpes sufre, pero no desmaya.
Y los vecinos del lugar, en tanto,
vuelan llenos de espanto,
en confuso tropel hácia la playa.

CXLV.

Mozos, ancianos, niños y mujeres,
imploran por los seres
que amenaza el furor del mar sombrío,
y ardientes quejas, alteradas voces
revueltas y veloces,
pueblan el aire en ronco griterío.

CXLVI.

Luégo el tropel desordenado y vario
invade el santuario
que la escarpada cúspide corona,
donde al pie del altar, una y cien veces
con dolorosas preces,
pide auxilio á su célica Patrona.

CLXVII.

Joven esposa sus cabellos mesa,
 otra, en silencio besa
 desesperada á un p rvido inocente,
 un débil niño en su pueril despecho,
 golpeándose el pecho,
 en el polvo del templo hunde su frente,

CLXVIII.

otro ofrece   la Virgen con devoto
 fervor, sencillo voto:
 y del concurso general, movido
 por el temor, la angustia y el deseo,
 el alto clamoreo,
  ay! más que una oración, es un gemido.

CXLIX.

En el lugar más arduo de la costa,
 h cيا la boca angosta
 del canal, siempre al marinero aciaga,
 bulle otra multitud, dando   los vientos
 sus ayes y lamentos,
 que el recio son del temporal apaga.

CL.

Pint ndose en su faz el extravío,
 por medio del gentío,
 la madre de Miguel, como una sombra,
 se mueve sin cesar. Corre, pregunta,
 reza, las manos junta,
 y al hijo amado, inconsolable nombra.

CLI.

Rosa trémula y muda la acompaña;
 copioso llanto baña
 sus claros ojos que oscurece el duelo.
 Tiene el lívido rostro de una muerta,
 y la razón cubierta
 de tormentosas nubes como el cielo.

CLII.

Todos enternecidos la abren paso
  Conocer n acaso
 la noticia fatal? La incertidumbre
 de Rosa, surge   tan horrible idea,
 y con terror pasea
 su vista por la absorta muchedumbre.

CLIII.

Aquel silencio lúgubre la mata.

Frenética, insensata

á una amiga se acerca:—¿Dónde, dónde
está Miguel? ¡Ten lástima!—solloza.

La sorprendida moza
mírala estuperfecta, y no responde.

CLIV.

—¡Ha muerto!—añade acongojada.—¡Ha muerto!—

Pero un marino experto
en los trances del mar, compadecido
de la atroz inquietud que la enajena,
para templar su pena
dícele con amor:—¡Cobra el sentido!

CLV.

¿A qué viene apurarse de esa suerte?

¿Qué sacas con ponerte
en el último extremo? Cuando tarda
la barca en presentarse, conjeturo
que ya en lugar seguro,
tan sólo el fin del temporal aguarda.

CLVI.

¡Ea! Enjuga tus lágrimas: no llores,
porque riesgos mayores
ha vencido Miguel, que es tan resuelto.—
—Mas ¿le viste volver?—pregunta Rosa
turbada y anhelosa,
y le contesta el pescador:—No ha vuelto.—

CLVII.

Entonces trepa á la escarpada cima,
al borde se aproxima
del saliente peñón, como una idiota,
y expuesta á peligroso paroxismo,
avanza hácia el abismo
la descompuesta faz, que el viento azota.

CLVIII.

En medio del pesar que la anonada,
la atónita mirada
hunde en la inmensidad, y es su porfía
tan profunda y tenaz, que si pudiera,
la mar rebelde y fiera
con sus ávidos ojos sorbería.

CLIX.

¡Ay! ¡si lograrse traspasar la bruma!...
 ¡Si entre la blanca espuma
 viese al mortal por quien suspira y ruega!...
 Cuando divisa un barco en lontananza,
 renace su esperanza
 y clama, llena de ansiedad: — ¡Ya llega! —

CLX.

¡Estéril impaciencia! ¡Vano empeño!
 ¿En dónde está su dueño
 que no acude á su voz? ¿Por qué no viene?
 Su amante madre la acaricia y calma.
 ¡Compadeced al alma
 que da consuelos ¡ay! y no los tiene!

CLXI.

Allá en la playa un grupo generoso,
 sin tregua ni reposo
 anuda cuerdas y apareja un bote,
 sometido al mandato soberano
 de respetado anciano,
 mezcla de marinero y sacerdote.

CLXII.

Viril arrojo en sus pupilas arde
 sin ostentoso alarde,
 y aunque á los años la cerviz inclina,
 presta un vigor á su cabeza cana
 la fortaleza humana,
 templada al fuego de la fe divina.

CLXIII.

Al cabo por la estrecha cortadura,
 luchando á la ventura
 con el viento y las olas, impelida
 por la borrasca hácia el difícil paso,
 en donde puede acaso
 quedar á salvo ó perecer hundida,

CLXIV.

entre el fragor que por momentos crece,
 intrépida aparece
 la barca de Miguel; pero ¡en qué estado!
 Cual gladiador que tras inútil prueba
 huye vencido, lleva
 cien heridas de muerte en su costado.

010390

CLXV.

Resistiendo la cólera salvaje
del soberbio oleaje,
la gente fuerzas del peligro cobra;
y aunque la lancha, como leve pluma,
entre montes de espuma
parece á cada instante que zozobra,

CLXVI.

cien veces con impávido heroísmo,
resurte del abismo
obediente á la mano que la guía.
Ninguna voz en su interior se escucha,
que el riesgo de la lucha
tiene una majestad muda y sombría.

CLXVII.

¡Oh! ¡van á perecer!—¿Queréis seguirme?—
Con voz entera y firme
pregunta el cura.—¡Á vuestro amor apelo!
Arrancaremos á la mar su presa,
y si en tan santa empresa
morimos, ¿qué es morir? ¡Ganar el cielo!—

CLXVIII.

El religioso impulso que le mueve
su aliento dobla, leve
cual fornido mancebo, al bote salta.
El peligro conoce y no le esquivo:
pues ¿á quién, si arde viva
la fe en su pecho, el ánimo le falta?

CLXIX.

Todos se aprestan á seguir su suerte,
que aquel combate á muerte
de generosa emulación los llena.
¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,
podrá mancharte el vicio
y ofuscarte el error; pero eres buena!

CLXX.

El bote listo ya, con seis remeros
hábiles y ligeros,
abrirse paso hacia el canal ensaya.
¡Vana ilusión! ¡La mar embravecida
con fuerte sacudida,
pedazos hecho le arrojó á la playa.

CLXXI.

—¡Señor! Tus altos juicios no escudriño!—

llorando como un niño,

gimió en su angustia el viejo venerable.

—Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos,

hijos! Tal vez podamos

desde el mismo peñón echar un cable.—

CLXXII.

Respondiendo á su voz, según costumbre,

á la empinada cumbre

el grupo corre, y con empeño lanza

el recio cabo á la corriente ciega;

mas ¡ay! que nunca llega

al náufrago batel. ¡No hay esperanza!

CLXXIII.

¡No hay esperanza! El cura consternado

increpa al mar airado.

Sin freno alguno que su empuje venza,

la tempestad incontrastable brama.

Y el noble anciano exclama:

—¡Hijos míos! ¡Yo acabo, y Dios comienza!—

CLXXIV.

¡No hay esperanza! Y la barquilla aún flota
desgovernada y rota.

Aún los pobres remeros, más audaces

cuanto más la borrasca se acrecienta,

lidian con la tormenta

desesperados, sí, pero tenaces.

CLXXV.

¿Dónde tender la salvadora amarra?

¿Cómo cruzar la barra

que el paso cierra del canal estrecho,

si ya tiene la barca pescadora,

quebrantada la prora,

el casco hendido y el timón deshecho?

CLXXVI.

El avariento mar la presa ansía.

¡Ya es tuya! Todavía,

resistiendo en los frágiles despojos

del roto barco, en su ansiedad suprema,

la gente rema, rema,

rema, y nublan las lágrimas sus ojos.

CLXXVII.

¿Qué busca? ¿A dónde va? ¿Por qué se afana?

Su resistencia es vana.

¡Ay! la esperanza al corazón se aferra
en los casos adversos é infelices,
aún más que las raíces
á las duras entrañas de la tierra.

CLXXVIII.

—¡Juán, largame una estacha!— grita el bravo

Miguel,—y por un cabo

átala pronto y bien, que si consigo
con el otro nadar hasta la orilla,
podrá nuestra barquilla
en la gruta del faro hallar abrigo.—

LCXXIX.

Dobló la frente oscurecida y grave.

¿En qué pensaba? ¿Cabe
dudarlo un punto? En el edén perdido,
en su infeliz mujer, en el risueño
ángel, que vió en un sueño,
huérfano ¡ay triste! aun antes de nacido.

CLXXX.

De pronto grita Juán:—¡Ahí va la estacha!—

Miguel la frente agacha

para esquivar el golpe; mas Roberto,
cogiéndola en el aire de improviso,
prorrumpe:—No es preciso:
yo llegaré á la costa, vivo ó muerto.—

CLXXXI.

La pasión que alimenta su ternura,
y en él, como la pura
lámpara de un altar, arde escondida,
le inspiró, en su postrera llamarada,
ofrecer á su amada
no sólo el corazón, sino la vida.

CLXXXII.

De su mojado traje se desnuda,
y á su cintura anuda
la retorcida cuerda. Intenta en vano
resistirse Miguel en son de queja,
y se obstina, y forceja,
y arrancarsela quiere de la mano,

CLXXXIII.

—¡Quita!— Roberto exclama:—;Si en un credo
ganar la costa puedo!

¡Es inútil que chilles: no te escucho!

Esto sería asesinar á Rosa,—

Y con voz temblorosa
dice, saltando al mar:— ¡Quiérela mucho!—

CLXXXIV.

Hacia el negro peñón el rumbo guía,
y sin temor confía

á sus robustos brazos su defensa.

Pero de pronto, en turbio remolino,
á trastornarle vino

ola veloz, arrolladora, inmensa.

CLXXXV.

Sobre su frente de impreviso estalla,

y en desigual batalla

le revuelca, le arrastra y le sofoca.

Desaparece el desdichado, juega

la onda con él, y ciega

le estrella al fin contra la enorme roca.

CLXXXVI.

Ante aquel espectáculo de muerte,
desencajada, inerte,
de pié sobre la mole de granito
que sacude la mar tempestuosa,
lanzó de pronto Rosa
un grito aterrador. ¡Qué horrible grito!

CLXXXVII.

El ¡ay! desgarrador, como una espada,
de quien no espera nada;
¡ay! que del corazón en lo más hondo
las heces amarguísimas remueve
del cáliz en que bebe
la humanidad, para el dolor sin fondo.

CLXXXVIII.

Cual miés que cede al impetu del viento,

convulsa, sin aliento,

levantando sus manos, ya inactivas,

la humilde multitud se postra en tierra,

y con fervor que aterra

eleva á Dios sus preces aflictivas.

CLXXXIX.

¡Oh momento solemne! Austero y triste
 la majestad reviste
 de su augusta misión el sacro anciano,
 y humedeciendo el llanto sus mejillas,
 se dobla de rodillas
 ante la inmensidad del Oceano.

CXC.

Su mano extiende trémula y cansada,
 levanta la mirada
 á la celeste bóveda, testigo
 mudo de tanto horror, y con acento
 parecido á un lamento:
 ¡Hijos!—grita.—¡Os absuelvo y os bendigo!—

CXCI.

¿Qué vió después la multitud? Ver pudo
 el cielo siempre mudo,
 desierto el mar, la barca destruida,
 y una hermosa mujer, rígida y yerta,
 lo mismo que una muerta,
 en el estéril peñascal tendida.

CXCII.

Un año ha transcurrido. La alta cumbre
 con su postrera lumbre
 baña fúlgido sol desde el ocaso,
 y en hora tal de paz y de misterio,
 al santo cementerio
 una débil mujer dirige el paso.

CXCIII.

¡Cuán sola está, cuán pobre, cuán cambiada!
 Rosa de pronto ajada
 en mitad de su alegre primavera,
 bajo el vivaz recuerdo que la excita,
 aquella flor marchita
 ni sombra es ya de lo que entonces fuera!

CXCIV.

Abraza y besa con febril cariño,
 á un escuálido niño
 nacido entre miserias y trabajos.
 El hatillo de príncipe, que un día
 soñó la fantasía
 del infeliz Miguel, era de andrajos.

CXCIV.

Recrudesciendo el duelo que la enerva,
 entre la fresca hierba
 dos fosas busca, se prosterna y ora.
 Y cobrando calor de un seno amante,
 el desvalido infante
 sus manecitas mueve, y también llora.

CXCVI.

¡Ay! ¿Podrá ser que el leño de la selva
 á engalanarse vuelva?
 ¿Renovará sus cánticos el ave
 que dejó la borrasca, herida y muda?
 ¿La infortunada viuda
 olvidará algún día? ¡Dios lo sabe!

CXCVII.

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:
 el ardiente arrebato
 del amor, la ilusión que se deshoja,
 la fe que espira, el gozo y el tormento,
 que el hondo pensamiento,
 como el mar, sus cadáveres arroja.

CXCVIII.

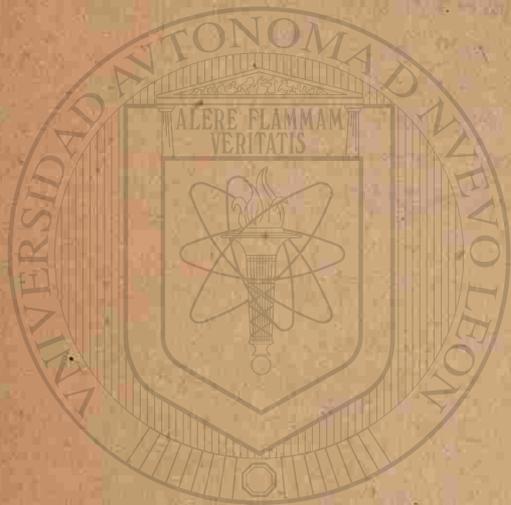
Mas cuando alguno en nuestra mente queda,
 cuando tenaz se enreda
 al débil corazón, y en él dilata
 su raíz, como hiedra trepadora,
 entonces nos devora,
 porque el triste recuerdo, ó muere ó mata.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BI

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA.

VOLÚMENES PUBLICADOS.

Cabrerón de la Barca, poesías no coleccionadas hasta hoy.
Campoamor, poesías escogidas.
Cercantes, novelas ejemplares.
Cristóbal Colón, cartas sobre el descubrimiento de América y su testamento.

Demóstenes y Esquines, discursos notables de estos dos grandes oradores de Atenas.

De la Cruz, Ramón, sainetes.

Escritores españoles contemporáneos, colección de las mejores composiciones poéticas de las poetisas más conocidas de España.

Espronceda, José, poesías.

Espronceda, José, el Diablo mundo, popular poema.

Fabulistas extranjeros, colección de las mejores fábulas escritas en idiomas extranjeros, traducidas en versos castellanos por D. Angel Lasso de la Vega.

Lope de Vega, novelas.

Marco Polo. Viajes.

Núñez de Arce Gaspar. El Vértigo, La Selva oscura, Idilio, Última tentación de Lord Byron, Elegía, La duda y la Visión de Fray Martín.

Pi y Margall F. Estudios sobre la edad media.

Picatoste Felipe. El Universo en la ciencia antigua.

Poesías líricas alemanas de Haine, Uhland, Zedlitz, Ruckert, Hoffmann, Platen, Hartmann y otros, vertidas al castellano por Jaime Clark.

Poetas americanos, colección de las mejores poesías de los principales poetas sud-americanos y cubanos.

Poetas contemporáneos, poesías de los principales poetas españoles, 2 volúmenes.

Quevedo. Poesías escogidas.

Quevedo. Los sueños.

Selgas José. Flores y espinas, colección de poesías.

Zorrilla José. Composiciones varias.

EN PREPARACIÓN.

Becquer, rimas. María, por Jorge Issac. Periquillo sarniento.

BIBLIOTECA DE AUTORES MEJICANOS.

VOLUMENES PUBLICADOS.

Plaza, album del corazón, precedido de un juicio crítico.
C Calderón Fernando. Poesías y dramas, precedidos de una biografía y de un juicio crítico por Rafael B. de la Colina.

Rodríguez Gabrín, poesías, precedidas de una biografía y de un juicio crítico por Rafael B. de la Colina.

Rodríguez Gabrín, dramas en verso.

Carpio. Poesías, precedidas de una biografía y de un juicio crítico, escritos por Rafael B. de la Colina.

Sequera, José S. Poesías.

Pesado, José Joaquín. Poesías, precedidas de una biografía y de un juicio crítico por Rafael B. de la Colina.

EN PREPARACIÓN.

Sor Juana Inés de la Cruz, poesías escogidas, precedidas de una biografía y de un juicio crítico por Rafael B. de la Colina.

Clavijero Francisco Javier. Historia antigua de Méjico, precedida de una biografía y de un juicio crítico por José Miguel Macías, y con notas del P. Vázquez y del mismo Macías.

Obras de José Peón Contreras.

Todos los volúmenes de esta importante publicación tienen una pasta uniforme y especial, de lujo y con cortes dorados, y se venden a \$2.00 el ejemplar separadamente; pero a los suscritores se les entregan en las librerías "La Ilustración" a razón de \$1.50.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS POÉTICAS DEL MISMO AUTOR.

DE VENTA EN LAS

LIBRERÍAS "LA ILUSTRACIÓN."



COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS ESCOGIDAS.

GRITOS DEL COMBATE, poesías, última edición.

LA VISIÓN DE FRAY MARTÍN, última edición.

LA SELVA OSCURA, última edición.

UN IDILIO Y UNA ELEGÍA, última edición.

EL VÉRTIGO, última edición.

LA ÚLTIMA LAMENTACIÓN DE LORD BYRON, última edición.

LA PESCA.



• 45

• 010